

comprender del todo, encuentra que Dios no cierra el camino de la libertad, que su paciencia es misericordia y que permite el mal en el plan de salvación para poder destruirlo al final de modo definitivo. Así, Spaemann no puede dejar de ser filósofo cuando abre el salterio, lo cual dota a sus consideraciones de especial profundidad. Sin embargo, no convierte estos comenta-

rios en meras glosas filosóficas, pues constituyen las meditaciones –con todas sus perplejidades– de un creyente que es filósofo. Es el fruto –dice– de su oración. El traductor, Fernando Simón Yarza, ofrece en el texto referencias, notas y aclaraciones que ayudan a una mejor comprensión del texto.

Pablo BLANCO

---

**Bernardo ESTRADA**, *Así nacieron los evangelios*, Madrid: BAC, 2017, 194 pp., 15,5 x 20,3, ISBN 978-84-220-1966-4.

Las indicaciones bibliográficas muestran al lector que tiene delante un libro pequeño, manejable, que puede acabar en un tiempo relativamente breve. Si se decide a leerlo, al acabar pensará más bien que tiene entre sus manos un pequeño gran libro, un texto sobre el que puede volver para saborearlo y disfrutar con él. No es un elogio desmesurado; intentaré mostrar por qué.

El autor, Bernardo Estrada, es profesor de Nuevo Testamento en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, en Roma, desde 1986. Aunque en la Bibliografía que invoca en las notas y al final del texto sólo cita los cuatro artículos en los que ha tratado directamente del tema del volumen, tiene en su haber dos monografías sobre temas bíblicos –la alegría– y literarios –las parábolas– de los evangelios, y unos cincuenta artículos científicos en los que aborda cuestiones vecinas a las del libro. El texto que presenta, por su parte, tiene la virtud de ensartar las ideas en el cuerpo con claridad, invocando en las notas a pie de página las referencias bibliográficas donde el lector interesado encontrará el apoyo de cuanto se afirma en el cuerpo. Las notas no son un complicado ejercicio de erudición por parte del autor, sino el lugar donde el lector puede obtener mayor información.

El índice es escolar: enseña aquello de lo que va a tratar, sin recurrir a expresiones que podrían llamar la atención del lector. Por ejemplo, el primer capítulo (pp. 3-29) se titula «El Evangelio» y trata ordenadamente del primer kerigma cristiano: desde Pentecostés a las variadas formas que toma en todas las tradiciones que acabaron por sedimentar en los escritos canónicos. Lo que el autor muestra ordenadamente es la primera proclamación apostólica de la novedad escatológica, definitiva y, en cierta manera, inefable, que supone para el mundo el acontecimiento de Jesucristo resucitado. Si el lector, en lugar de este título –lo mismo habría que decir de los subtítulos–, se encontrara con otro que dijera, por ejemplo: «El Evangelio: lo imprescindible, pero también lo deseado» –que, por cierto, es de lo que trata después el capítulo–, el texto le tendería un anzuelo al lector, que le mostraría mejor el contenido apasionante que se va a encontrar. Quizás esto supondría cambiar el género literario pretendido por Estrada para su volumen, que es ciertamente escolar, pero mostraría mejor la fascinación que suscita su lectura.

Los otros capítulos –«Jesús. Sus dichos y hechos» (pp. 31-72), «La predicación apostólica» (pp. 73-129), «La redacción de los evangelios» (pp. 131-175)– se dedican,

como delatan los mismos enunciados, a los tres momentos de los orígenes cristianos que están representados en los textos evangélicos: los acontecimientos del misterio de Jesús, recordados y proclamados por la generación apostólica, que se servía de ellos según las necesidades en las diversas circunstancias de la vida de la Iglesia –el culto, la proclamación, la catequesis, etc.–, y, finalmente, la redacción de los evangelistas. El patrón no es otro que el propuesto por *Dei Verbum* 19, que resume la Instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica *Sancta Mater Ecclesia* sobre la verdad histórica de los evangelios del 21-IV-1964. En ambos documentos, junto con la aceptación implícita de los modelos de investigación histórico crítica de los evangelios, el acento se ponía en la continuidad entre los tres momentos anotados y en la «historicidad, sin ningún género de duda», de los relatos.

La investigación moderna y contemporánea de los evangelios ha cambiado de manera bastante radical en los dos últimos siglos, por influencia del positivismo histórico y del historicismo. El nacimiento de la Historia como ciencia a mediados del siglo XIX, trajo como corolario ineludible el estudio crítico de los documentos del pasado, para que pudieran tenerse como «documentos acreditados», es decir, como señala la etimología de la misma palabra, como «docentes», como capaces de enseñar algo verdadero. En el caso de las narraciones sobre dichos acontecimientos, la crítica de los documentos exigía que se tuviera en cuenta que los textos, incluso cuando pretendían ser objetivos, no podían dejar de reflejar las visiones de sus autores. La fe cristiana es una fe basada en el «hecho histórico» de la acción de Dios en la historia humana y en la actividad histórica de Jesús. Por tanto, es lógico que los evangelios se investigaran desde esta perspectiva: como documentos capaces de ser objeto de crítica de modo que con ellos se

podiera ofrecer incluso una Vida de Jesús independiente del dogma.

Curiosamente, desde su inicio, este camino acabó en conclusiones curiosas. La que es común a toda la investigación es ésta: los evangelios no muestran a Jesús sino la fe de los discípulos, o los redactores de los evangelios, en Jesús: no valen como documentos históricos sobre Jesús; como mucho, valen como documentos históricos de los anhelos de la Iglesia primitiva. Toda la historia de la investigación sobre los evangelios durante el siglo XX ha sido un intento de corregir, matizar o puntualizar este aserto. Pero la base de las conclusiones de la investigación anterior no ha sido removida.

La historiografía –entendida como el modo con que se realiza y se escribe la investigación histórica en los diversos momentos y culturas– ha mostrado que el paradigma ilustrado que ha dominado la historia científica moderna y contemporánea tiene bastantes limitaciones y no es consciente de un cúmulo de ingenuidades que le conducen a una visión excesivamente simplista de las cosas. Por eso, prefieren metodologías que podrían calificarse de «Ilustración escarmentada» (G. G. Iggers). Una cosa semejante ha ocurrido en el estudio de los evangelios. En los últimos treinta años, bastantes autores han abierto caminos de investigación en la historicidad de los evangelios con resultados prometedores. La mayor parte de ellos –el papel de los testigos oculares en la transmisión de la tradición de Jesús desde el hecho hasta los mismos textos evangélicos (R. Bauckham), las formas de tradición oral en las sociedades orientales del siglo I (J. D. Dunn, R. Riesner) la articulación de la memoria colectiva en la celebración y en la transmisión de la tradición cultural (J. Assmann, S. Bryskog)– tienen una cosa en común: la tradición en la que se han formado y transmitido los evangelios es históricamente fiable.

El librito de Estrada muestra desde un punto de vista sistemático –no desde la historia de la investigación– esta situación que se acaba de resumir y el lugar en el que está ahora la investigación sobre Jesús y los contenidos de los evangelios. Los evangelios, obviamente, ya no se entienden como los testimonios directos de los apóstoles y sus ayudantes que escribieron lo que los apóstoles recordaban. Se entienden como el resultado final de un proceso en el que la predicación de los apóstoles y la memoria de los testigos son repetidas y puestas por

escrito, pero en un proceso de autorización de los contenidos –presente en los mismos textos de los evangelios– que garantiza la verdad histórica de lo que se proclama. De ahí también la precisión del título del librito: *Así nacieron los evangelios*.

La concepción de los evangelios cambió de paradigma durante el siglo XIX. Este libro muestra que también ahora está cambiando el paradigma recibido del siglo pasado.

Vicente BALAGUER

**Juan CHAPA y Pablo GONZÁLEZ-ALONSO**, *Escritos joánicos y Cartas católicas*, Pamplona: Eunsa («Manuales ISCR»), 2018, 207 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-313-3292-1.

Este manual es el tercero dedicado a los escritos neotestamentarios y cubre los libros puestos bajo la autoría de Juan, el hijo de Zebedeo, y las Cartas de Santiago, Pedro y Judas. Entre ellos, destaca, lógicamente, el evangelio según san Juan, que recoge, de una forma diversa a como lo hacen los evangelios sinópticos, y la vida y la enseñanza de Jesús durante sus años en la tierra. Este libro tiene en su origen los apuntes para clase de Juan Chapa, que han sido adaptados por Pablo González-Alonso, quien asimismo se ha encargado de preparar los materiales didácticos. El planteamiento del manual corresponde al de los otros de la colección: una presentación que cuida los aspectos didácticos, pensando sobre todo en que sirvan para el estudio personal y en los cursos a distancia; y unas actividades y bibliografía que complementen los temas tanto desde el punto de vista práctico como teórico.

El libro consta de 16 temas y unos anexos. El primero estudia el contexto del corpus joánico: la situación del cristianismo a finales del siglo I, las circunstancias histó-

ricas en el trasfondo de los libros atribuidos a Juan y la comunidad joánica. Los temas 1-8 están dedicados al cuarto evangelio (pp. 21-105). En este profundo texto se presenta a Jesús como «el Logos hecho carne. Hijo unigénito de Dios, revelador del Padre, que ha venido al mundo para que todos crean en él y creyendo tengan vida eterna (cfr. Jn 20,31). Para transmitir esta enseñanza, el evangelista se sirve de numerosos símbolos y referencias (el discípulo amado, el número siete, el agua, expresiones como “ser levantado” y “ser glorificado”, signos y discursos, etc.)» (p. 8). El tema 2 habla del evangelio de Juan como testimonio apostólico; el tercero, del testimonio de Juan sobre Jesús; el cuarto, del contenido y la estructura; el quinto, de los signos de Jesús (signos de un nuevo orden, signos de la Palabra que da vida, el signo del Pan de vida, el signo de la luz, el signo de la victoria sobre la muerte); el sexto, de los discursos y diálogos de Jesús (diálogos con Nicodemo y con la samaritana; discurso sobre la autoridad de Jesús, en Jerusalén; Jesús, Pan de vida; Cristo, Luz